

disculpas mirando el semblante indignado y descompuesto de la jovencita.

— ¡Es una cobardía! — murmuró temblando de ira y dejando correr abundantes lágrimas.

Le faltaba aire para respirar, y apoyada en el tronco de un árbol, sufría una especie de crisis nerviosa.

Francisco asustadísimo al verla en tal estado, no sabía qué hacer para calmarla, cuando, de pronto, una idea tan imprudente como poco generosa le acudió á la imaginación... La muchacha estaba enamorada de él; Pommeret se hallaba seguro de ello desde hacía bastante tiempo; ¿por qué no emplear para acallarla, el recurso de aquella pasión ingenua, cuya intensidad creciente adivinó aparentando desalentarla?... Fijó de nuevo en Dionisia la mirada acariciadora y enterrecida, y, luego, inclinándose hacia ella, le susurró casi al oído:

— ¡Perdóname! ¡Perdóname, niña querida!... ¡Adorada mía!

Estas sencillas palabras de amor produjeron en Dionisia el efecto de un conjuro mágico. Saltando bruscamente, se lanzó sobre Francisco, le echó los brazos al cuello y ocultó en el pecho del joven su rostro húmedo por el llanto, su boca rebo-sante de apasionados sollozos.

IV

Un mes había transcurrido desde la aventura ocurrida en el nacimiento del Aujón. En la habitación que le servía como gabinete de trabajo, Francisco hablaba con Dionisia, en voz baja, después de comer. La sombra de las tardes de Agosto, ya más breves, llenaba la estancia de obscuridad que no permitía distinguir la expresión de las fisonomías de los interlocutores. Veíanse sólo las líneas confusas de sus siluetas. La de Dionisia, que paseaba de arriba abajo, ya se perdía en la negrura, ya se dibujaba sobre el claro del balcón. La joven andaba con los brazos cruzados y la cabeza incli-

nada; el ruido sordo de sus pasos era lo único que turbaba el silencio de la dormida casa.

— Sí, regresa mañana á las tres — murmuró Francisco, tirando el cigarro y recostándose en un rincón del diván.

— ¡Mañana! — repitió Dionisia, como un eco doloroso. — ¡Ya, mañana! ¡Ay! Francisco, ¿qué vamos á hacer? ¿Qué va á ocurrir?...

— Nos estaremos aquí... Pedro irá á Langres con el carruaje, y dirá que nos hallamos en plena recolección y que no hemos podido movernos de Rouelles.

— Eso es lo mismo que retroceder para saltar mejor — replicó la joven, encogiéndose de hombros. — Siempre tendremos que verla y que hablarle y que abrazarla á la llegada... Yo me figuraba que nunca iba á volver ¡y vuelve mañana! No, no podré mirarla cara á cara.

— Mi pobre Dionisia — balbució Francisco con turbación. — ¡Cuán culpable he sido y cómo me acuso!...

La joven lo interrumpió bruscamente, se le acercó y, poniéndole las manos sobre los hombros, mientras que sus ojos brillantes buscaban en la sombra los ojos de Pommeret, le dijo con acento apasionado:

— ¿Me amas?

— ¿Necesitas preguntármelo?

— ¿Me amas más que á todo en el mundo... como yo te amo... como te amé desde el día en que por vez primera nos vimos en el bosque de Auberive?... Desde ese día fué tuyo mi cariño y fuí tuya; muchas veces te lo he dicho y te lo repito para que te penetres bien de que no te he amado por capricho ni por sorpresa... ¡Ya lo has visto! No ha habido conveniencias, ni madre adoptiva, ni nada que pudiese impedirme pertenecerte. No tengo carácter juicioso, ni sé hacer las cosas á medias... ¡Me entregué á ti por completo!... ¿Me amas del mismo modo?

— Indudablemente, sí — respondió Pommeret, que interiormente estaba ya asustado de la exaltación de la muchacha.

— ¡Bueno! — continuó ella, estrechándole las manos — pues, entonces, pongámonos en salvo... ¡Vámonos mañana al amanecer!

Francisco se estremeció, desconcertado, y murmuró:

— ¡Eh!... Vaya, mi querida niña, serénate y procura ver las cosas con más calma.

— Las veo como son... Estamos ya temblando ante la idea del regreso... ¡Imagina lo que ocurrirá

cuando la tengamos entre nosotros ! Mira, lo mejor es que nos vayamos... Después de todo, sólo es mi madre adoptiva ; respecto á ti, no es tu mujer, porque tú eres mio.

— ¡Déjate de niñerías ! — observó Francisco, azorado. — Tu plan, ante todo, resulta impracticable, y, además, es odioso.

— Muchísimo más odioso será quedarnos aquí y engañarla.

— ¿Dónde iríamos ?

— Eso es lo de menos... Al extranjero, si tú quieres.

— ¿Al extranjero ? — objetó Pommeret con sonrisa compasiva. — ¿Cómo y de qué viviríamos ?... ¿Ignoras, sin duda, que todo lo que hay aquí pertenece á esa mujer, y que ni tú ni yo poseemos un céntimo ?...

— ¡ Ah ! — exclamó la joven, que, efectivamente, no había visto ese aspecto del asunto. Luego, tras un instante de reflexión, irguió la cabeza y dijo con implacable lógica : — Razón de más para no quedarnos... Yo trabajaré y tú también... Somos jóvenes y fuertes ; con buena voluntad siempre tendremos donde ganar para vivir.

Francisco permanecía anonadado. Todas las objeciones que la joven formulaba con tenacidad

de niña que de nada duda, le irritaban sin convencerlo... Cada palabra de Montaraz le producía el efecto de una ducha helada. Abandonar las comodidades de la casa de Rouelles para lanzarse á lo desconocido... ganar el pan trabajando... volver á comenzar á los veinte y cinco años la lucha por la existencia sin contar con más recursos que los cinco dedos de cada mano y el cariño de Dionisia... todo esto era muy bonito para leído en las novelas, pero muy ridículo y muy insensato para convertirlo en realidad. Carne de gallina se le ponía al entrever semejante porvenir. Se veía trabajando, como amanuense ó cosa parecida, desde la mañana hasta la noche, teniendo á su cargo una mujer con la cual ni siquiera podía casarse ; le parecía oír las lamentaciones de su familia, las carcajadas de sus paisanos y las extrañezas despectivas de todas las personas decentes con las cuales mantenía trato ó amistad. Su amor propio vanidoso, sus aficiones al lujo, su respeto hacia la corrección y hacia las conveniencias sociales, todos los prejuicios, en fin, de la semi-moral burguesa en que se había amamantado, se rebelaban sólo ante la idea de la fuga descabellada propuesta por Montaraz.

Era entrada la noche y la habitación se hallaba

tan á obscuras que la joven no le veía la cara á Francisco. Inquieta por su mutismo, corrió á sentarse junto á él y, abrazándolo estrechamente, murmuró con voz conmovida:

— ¿Te parece bien? ¿Nos marchamos esta misma noche?

— Perdona, niñita querida — le contestó — tu resolución es generosa y revela tu grandeza de corazón... pero no es práctica... ¡Piensa en el deplorable efecto que semejante escándalo ocasionaría en la comarca!... Además no sé realmente á qué género de trabajo podría yo dedicarme para ganar nuestro sustento... Hay que mirar las cosas en su aspecto positivo... Los pobres, cual nosotros, nada adelantan con cometer una locura... ¡Ah! si fuésemos ricos, variaría la cuestión...

Y, durante mucho rato, se dedicó á desarrollar el mismo tema, enjaretando dificultosamente frases y más frases. La joven lo escuchaba, frunciendo las cejas y apretando los labios. Mientras hablaba, había salido la luna y sus rayos blanco-azulados, penetrando insensiblemente en la habitación, concluyeron por iluminar el rostro de Francisco. Dionisia pudo ver, entonces, el rostro desencajado, el ceño adusto y las miradas vacilantes de su compañero. Sintióse dominada por

doloroso desaliento, y dejó correr amargo llanto.

— Entonces ¿quieres abandonarme? — exclamó consternada.

— ¿Quién piensa en eso?... Lo que no quiero es exponerte y exponerme á morir de hambre.

La muchacha movió la cabeza:

— Hasta eso sería menos duro que vivir á expensas de la que hemos engañado.

— También me resulta duro — respondió el joven, con enojo. — Pero hay fatalidades en la vida... ¿De qué sirve estrellarse contra lo imposible?... ¡Tengamos paciencia! ¡Quién sabe! Andando el tiempo tal vez las cosas se arreglen por sí mismas.

— Pero reflexiona — insistió Montaraz, cruzando las manos, — que nunca podré mirarla frente á frente... Leerá en mi cara todo lo que ha ocurrido... ¡Una mujer á quien se lo debo todo, y á la cual pago con tamaña ingratitud! No, no puedo. Dicen, y acaso sea verdad, que tengo malos instintos en la masa de la sangre; pero, por muy mala que sea, hay cosas que no soy capaz de hacer... Ya ves que debo irme y... ¿qué será de mí, si no estás á mi lado? — añadió, echándole los brazos al cuello. Luego, con acento suplicante, caluroso, continuó: — ¡Querido mío!... ¡Sé bueno

para tu Montaraz! ¡No dejes que me vaya sola, como perro sin amo! ¡Ya sabes que no tengo en el mundo á nadie más que á ti!... ¡No vuelvas á decir que es imposible! Se puede todo lo que se quiere... Tú, que eres instruído, podrás ganarte la vida lo mismo y mejor que un leñador, que no cuenta más que con sus brazos.

Pommeret se desprendió lentamente de los brazos de Dionisia.

— ¿Por ventura estoy en ese caso? — replicó amostazado. — Te repito que discurre como una chiquilla, y que lo más prudente es tener paciencia y poner á mal tiempo buena cara.

La jovencita lo miraba con desgarradora expresión de asombro.

— ¡No! — gritó, exaltándose. — ¡Cualquier cosa primero que vivir aquí! ¡Cada bocado que comiera, se me atravesaría en la garganta!

Francisco se acercó y trató de tomarle las manos, que Dionisia retiró con ademán de enojo.

— ¡Habla más bajo! — insinuó Pommeret. — Tranquilízate y si es verdad que me quieres un poco...

— ¡Ah! — interrumpió Montaraz, con voz ahogada por los sollozos — ¡Te quiero demasiado y, acaso, por eso tú no me quieres ya!... Si así no

fuera ¿dudarías entre una vida de trabajo conmigo y una vida de comodidades sin mí?...

La muchacha tomó una palmatoria, encendió la bujía con temblorosa mano, y preguntó:

— Por última vez... ¿quieres acompañarme?...

— ¡Eres una loca!

— Y tú eres...

No se sintió con valor de terminar la frase, acusándolo de falta de corazón.

— ¡Adiós! — balbució, dirigiéndose hacia el pasillo.

— ¡Dionisia!

— ¡Adiós!

La puerta se cerró violentamente. Un momento después, Montaraz se hallaba en su habitación y, arrodillada junto al lecho, con la cabeza caída sobre las ropas de la cama, daba rienda suelta al llanto. La casa estaba en silencio. A veces, la jovencita levantaba la cabeza y ponía oído, creyendo haber escuchado rechinar la puerta del gabinete de trabajo de Pommeret. Confiaba siempre en que Francisco arrepentido llegaría á buscarla diciendo: « Estaba equivocado; te amo; ¡vámonos juntos! » No podía creer que el hombre á quien adoraba apasionadamente la estimase tan poco que fuera á abandonarla por completo... Pero

transcurrían las horas y no se escuchaba ruido alguno en la casa. La bujía se consumió enteramente; y sólo la luna llenaba con sus pálidos rayos aquel cuarto, testigo del primer dolor grande y profundo de la pobre niña. Poco á poco fué extinguiéndose aquella luz, y, en la lejanía del jardín, comenzaron á despuntar las primeras claridades del alba.

— ¡Ya no vendrá! — suspiró Montaraz, desesperanzada, y, levantándose, registró los cajones de su cómoda y empaquetó en un chal viejo los contados objetos que pensaba llevarse. Después, cuando terminó los preparativos de viaje, garrapeó apresuradamente esta esquila, destinada al que la abandonaba:

« Te dije que me marchaba y me marchó; me marchó sin ti y nunca volveré. Cuando esté en Aprey, con los únicos parientes que me quedan, escribiré á la mujer que ha sido mi bienhechora, explicándole mi ausencia. Puedes estar tranquilo, sabré callar para que no se turbe tu reposo. ¡Adiós, para siempre! »

Todo había concluído; tendió una postrer mirada por la habitación en la cual tantas veces pensó en él, salió, cruzó el pasillo, y deslizó la esquila por debajo de la puerta del cuarto de Fran-

cisco. Reprimió un sollozo y huyó, bajando sigilosamente la escalera y atravesando el jardín, hasta encontrarse en el campo.

Como es natural, á Pommeret le costó trabajo conciliar el sueño. Se hallaba muy lejos de tener la conciencia tranquila; experimentaba cierta angustia febril al pensar en la cara que iba poner á la mañana siguiente cuando viese llegar á su mujer. No creía que Montaraz cumpliera la amenaza de marcharse, y se preguntaba qué giro tomarían las cosas en lo porvenir. La jovencita no se distinguía por lo circunspecta, y, en cambio, la perspicacia de Adriana se había aguzado terriblemente en los seis meses últimos. ¿Cómo lograría salir del aprieto?... ¡Qué necesidad tan grande cometió sucumbiendo á la tentación junto al nacimiento del Aujón!...

Se durmió muy avanzada la noche, tuvo dos ó tres pesadillas, y al fin se rindió á uno de esos pesados sueños matinales que siguen á los desasosiegos del insomnio.

Despertó sobresaltado oyendo piafar de caballos y rodar de un coche. Era el carruaje que, guiado por Pedro, salía á esperar á la viajera en la estación de Langres. El sol estaba casi en la mitad de su carrera. Francisco se frotó los párpados con